

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

ALICIA MOREL

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips

¿Quién soy?

PROLOGO

Para empezar, su nombre es musical, armonioso, agradable de pronunciar, fácil de escribir y retener. "Alicia Morel". Un acierto de nombre, cosa bien importante para una escritora y para una mujer.

Nombre y persona acordes, en perfecta comunión. Presencia humana en gracia y fragilidad. Una mujer-niña que conserva intacta su capacidad de asombro ante la vida y un impulso maravillado hacia el mundo que nos rodea. Pero, no nos engañemos. Bajo esas candorosas y quizás pueriles apariencias, está la mujer-madre, cuya corona de siete hijos la ha hecho enfrentar con firmeza y alegría el más hermoso de los oficios femeninos. Hay temple bajo la ingenuidad y la sonrisa.

Y la mujer-escritora nos ofrece una amplia versión de realizaciones y creatividad. Edita sus primeros poemas "En el campo y la ciudad", en 1938. Su primer

libro para niños, "Juanilla, Juanillo y la Abuela", aparece dos años más tarde.

¿Quién no conoce a "La Hormiguita Cantora y el Duende Melodía"? Desde 1954 a 1957 se transmiten audiciones radioteatralizadas para los niños en Radio Chilena y Radio Cooperativa Vitalicia, con las aventuras de estos dos encantadores personajes. Aventuras que se publican en 1956 y 1957.

Alicia Morel colabora con cuentos y artículos en la revista "El Peneca" y en 1960 dirige la revista infantil "El Volantín" de la Caja de Compensación de Asimet. Hasta 1964 hace libretos para radio Escuela del Instituto de Educación Rural.

Tiene un Teatro de Títeres con 40 muñecos y 15 obras y numerosos libretos, que se dan a los niños en reuniones infantiles, instituciones, colegios, jardines infantiles, escuelas rurales y Televisión.

Colabora junto a Ester Hunneus de Claro y María Silva Ossa en el MINIDIARIO infantil de "La Nación".

Escribe páginas para los niños en revista "Paula". En 1968 es elegida Presidenta de IBBY. Actúa de jurado en el Concurso Internacional de Cuento Infantil IBBY-CRAV.

"Como una raíz de agua", poemas, 1951, y "El jar-

dín de Dionisio”, novela, 1965, dan fe de un talento variado, poético y profundo a la vez.

“Cuentos de la Pícara Polita”, editorial Lord Cochrane, 1973.

Alicia Morel es una lectora insaciable. Confiesa que ha aprendido idiomas, francés e inglés, con un diccionario y mucha voluntad.

Alicia Morel escribe y escribe, para los niños que adora sin distinción. Escribe para entregar su visión interior del mundo de la fantasía, en el que las Hormigas cantan con la escoba en la pata... en paradójal travesura. ¿Para cuándo el cuento-poema de la “Cigarra Hacendosa”? Pronto, pronto, Alicia Morel, sueños a la obra.

MAITÉ ALLAMAND.

QUIEN SOY YO

Virginia Wolff dice:

“La vida no es una serie de lámparas dispuestas según un sistema; la vida es un halo luminoso, una envoltura semitransparente que nos rodea desde el nacimiento de nuestra conciencia hasta el fin. ¿No es acaso la tarea del novelista coger ese espíritu cambiante, desconocido, ilimitado, con todas sus aberraciones y complejidades, y con la menor huella posible de los hechos exteriores y ajenos?”

Este pensamiento de la genial escritora inglesa se ajusta a mi manera de comprender la realidad, la vida y, en especial, cuando se nos pide lanzar una mirada sobre la propia intimidad y nos damos cuenta de que no podemos distinguir bien

qué nos es propio y qué ajeno. No me interesa este viaje interior, sino porque así mis ojos se aclaran, y alzo del fondo lo que tengo en común con los seres que crecí, o lo que me repugna, y es la única forma de reconocermé.

Contaré la atmósfera de antiguos días, más que recuerdos concretos y nombres.

La familia de muchos hijos, antaño, circunscrita al espacio de una casa, era semejante a una medusa de mar, colonia de seres inseparables, transidos de músicas y magias, de flujos y mareas que el tiempo iba deshaciendo, separando.

“La vida no es una serie de lámparas...” Se tienen impresiones desordenadas que nos asaltan en cualquier momento y nos trasladan a los ambientes del pasado.

Escojo algunas imágenes de la primera infancia:

“Los límites eran las ventanas, y a través de las ventanas, los árboles de la Alameda de las Delicias. Debo haber estado horas frente a las ventanas; el correr de las gotas de lluvia por los alambres eléctricos es la imagen de donde nazco.

Y nací en una tribu cuyo jefe era un padre amante, tierno, generoso y autoritario. Era el dueño de nuestra seguridad, un dueño celoso, capaz de in-

creíbles sacrificios por su tribu de siete hijos. Diré ocho, pues mi madre ha sido siempre una hermana mayor, imaginativa, rebelde, fascinante, que nos acogía a veces o nos condenaba a la burla y al exilio, según su humor y no según la justicia. Eramos niños nerviosos, llenos de temores, agresivos y apasionados.

La cálida resonancia del violonchelo que tocaba nuestro padre, algunas noches, nos ayudó a dormir tranquilos. La calma se esparcía por la casa llevada por los sonos clásicos de los que emanaban la seguridad y el ensueño. Echo de menos tocar la madera de este instrumento, donde curvas y oscuridades guardaban sonidos de otoño. Veo la mano paterna guiando el arco y evoco la expresión del rostro varonil, concentrada y como evadida, hasta causarme una especie de temor. Los ojos pardos fijábanse en mí por breves instantes, sonreían y me olvidaban en la orilla sonora.

Vivimos en muchas casas durante mis primeros ocho años. ¡Qué importantes son las casas de la infancia! Son los primeros espacios que una mente infantil palpa. Cada una de aquellas casas tiene para mí una luz definida. La primera que recuerdo es la de los vuelos y emigraciones. No me

parecía insólito que la casa volara (había oído que si el califont explotaba, la casa volaría). Y en los amaneceres de niebla, al mirar por las ventanas, yo comprobaba la desaparición del universo. No sentía ningún temor, sino una excitación enorme de ir volando por los espacios.

Las personas aparecían y desaparecían, naturalmente, por las escaleras. Así, apareció un día sobre la cama de mamá una nueva hermana. Me impresionó la criatura roja, de gran boca, que lloraba desesperadamente y cuyos extraños movimientos hacían pensar en que le iba a dar un ataque en cualquier instante. Cuando empezó a reír y gorgorjear, se convirtió recién en la hermana.

También entonces estuve en un santuario chino, donde monjes nostálgicos se apoyaban en las barandas de innumerables escalerillas. Los templos ascendían una colina blanca, sus techos caían unos sobre otros y las ventanas abríanse hacia interiores que me obsesionaban. Algunos monjes estaban siempre vueltos hacia dentro; vislumbé luces que se internaban en busca de un dios secreto y dormido. Este santuario estaba sobre una mesa de mamá; era el tarjetero de marfil que trajo de la China nuestro abuelo marino.

Abrió los ojos en la penumbra de un amanecer. En el techo dormían las sombras, pero en la ventana diseñábanse claridades. En el otro extremo de la habitación, Rosario, nuestra "mama", empezó a vestirse. Su cabello rojo adquiriría brillo y color por momentos; sus piernas veíanse blancas como los tallos de alguna planta de sombra. Era distinta de la otra, esta Rosario desnuda de las mañanas. Al irse vistiendo, recuperaba las insignias de su dominio sobre mí. Mi hermano dormía extrañamente pálido, con la cara apretada contra las rejas de su cama. No hacía mucho, la muerte estuvo aferrada a estas rejas. Durante noches, mi hermano gritó, señalando un rincón de la pieza:

—¡Ahí está la madrecita muerte!

Mamá ocultó el rincón con una manta, pero yo podía ver a la enemiga enrollada en la oscuridad. Invisible para casi todos, la muerte era un olor, una mueca, un grito, unos ojos enloquecidos. Mamá y Rosario sólo percibían su olor. Ponían hojas de eucaliptos en aguas hirvientes para saturar la casa de un perfume vivo.

La fuerza de Rosario salvó a mi hermano. No descansó hasta que la muerte se retiró de nuestro país como un ocaso. Sin embargo, solía acecharnos su mirada loca detrás de las puertas a medio

abrir. Durante el día iba coloreándose y se confundía con las cosas. Algunas noches su sombra tendíase en el suelo y tiraba de la ropa de nuestras camas.

Tía Leonor cantó:

*Gime el ave cuyo nido
en la noche llevó el viento . . .*

Se acompañaba al piano dulcemente, mientras tía Laura, inclinada sobre su costura, tenía la expresión cerrada sobre un lejano pensamiento.

Yo, más infeliz que el ave . . .

Es posible que su voz se entretejiera a los dibujos de la alfombra. Los veo realizarse al conjuro de su canción.

No hallo remedio a mi mal . . .

Grandes rosas se abren sin entregar su misterio central. Tristeza de pasiones adultas mecían los colores, el verde tierno de algún tallo desfalleciente. ¿Quién recogió las rosas, o entrelazó el tallo, o echó luz en los ojos que se apagaron?

Fatalidad y desamparo eran las notas que se sostenían en el ambiente, y el sueño era el refugio hacia el que me deslizaba sobre la suntuosidad de la alfombra.

La fuerza de la que Rosario formó parte se concentró en mi padre. Por él existíamos y tenían consistencia cosas y juegos.

Nos llevó a un gran jardín, hacia el anochecer. Y en postes y árboles clavó objetos extraños que luego encendió. Estallaron casi sin ruido centellas, lluvias doradas, goterones rojos y verdes. Giraron en el aire o saltaron hacia arriba, inusitadamente. Papá se movía entre juegos luminosos, mago fascinado por sus propios artificios.

La fiesta celebrábase también en otros atardeceres. Encendía un núcleo de paja, mientras daba órdenes a mi madre y tía Laura, y también los niños manteníamos el globo abierto para que no se quemara.

La cúpula de variados colores se inflaba, sostenida por los dedos nerviosos, sensibles al primer intento del globo por echarse a volar. Se desprendía suavemente, linterna de la noche que nuestros gritos y anhelos empujaban hacia el espacio. Ya no estábamos en el patio; íbamos en la barca de

papel, surcando vientos y estrellas, hasta que el fanal se hacía casi invisible y desaparecía por último detrás de los cerros.

En medio de la noche desperté sobresaltada. La torrecita blanca de la estufa lanzaba hacia el techo un círculo tachonado de estrellas que oscilaba levemente. Mecíanme la oscuridad y el silencio; pero algo había cambiado. Una sensación de soledad me alcanzaba en la tibieza de la cama. Me erguí temblando y llamé en voz baja: ¡Rosario, Rosario! Su cama estaba vacía. Era verdad que se había ido, entonces. La fuerza que nos cuidaba, Rosario, desapareció escaleras abajo.

En uno de esos despertares bruscos, hacia el alba, vi un ave de bellos colores al pie de mi cama; el fuerte picoteo en el suelo era lo que me había despertado. Cuando abrieron los postigos, se disolvió en la luz, desvaneciéndose cada color en pequeños, rápidos crepúsculos de un mundo hecho a mi medida.

Nos cambiamos luego a un departamento en un séptimo piso. Entonces era como vivir en el techo de la ciudad. Nuestras ventanas, al mirar hacia el otro lado del río, se abrían sobre Liliput. Duran-

te horas contemplábamos los pequeños automóviles, los tranvías, las carretelas grises. Lo que más nos entusiasmaba era descubrir un cortejo fúnebre, con su solemne lentitud y su pintoresco despliegue de carrozas y las muchas flores que destellaban. No era ésa la muerte que temíamos, sino la que venía de noche, revestida de sombra brillante, sin rostro, sin voz, pero capaz de tantearnos en nuestro lecho. Yo tenía una lámpara para defenderme del miedo. Muchas veces mi dedos se quedaron pegados a ella, electrificados por la "corriente continua". No sé cómo lograba zafarme. Dormí sola por primera vez y mi habitación era una isla. Flotaba mi cama a merced de las rachas del sueño; era un barco inseguro que se deslizaba por los pasillos en silenciosa evasión. Era una sorpresa despertar cada mañana en el mismo lugar.

¿Quién no recuerda haber volado en sueños, cuando niño? Era una sensación de pureza y libertad maravillosas. Freud interpretó estos sueños como deseos sexuales. Sin embargo, Gastón Bachelard, el extraordinario pensador francés, dice que son sueños paradisíacos, donde expresamos nuestra nostalgia de un mundo perfecto, en que

nuestros cuerpos no pesan, donde no hay culpa todavía.

Imaginábamos con mi hermano que los temblores y los terremotos eran como inmensos pájaros oscuros, especie de “manta-rayas” del aire, a los que se podía ver aproximarse desde nuestras altas ventanas. Y jugábamos a que venían, gritando con entusiasmo: “Allá, allá vienen volando los temblores”. Vivir en un séptimo piso me dio una visión feliz de lo que me rodeaba.

“La casa de los relámpagos”, he nombrado a aquella casona campestre, en Puente Alto, junto a la Papelera. Aquí conocí la naturaleza y sus estaciones. En invierno, los relámpagos y los truenos se nos metían dentro de la pieza. Pero nuestro padre detenía el temor, paseándose por los corredores abiertos; encuadraban su figura los relámpagos y el punto rojo de su cigarrillo iba pausadamente de su mano a su boca.

Una espiral que se daba dos vueltas cristalinas, eso era el canto del chincol. El zumbir de las abejas, las acequias torrentosas y esos objetos macizos y bellos que a nadie pertenecen, las piedras, fascinaron a los niños que sólo tuvieron ventanas,

parques ordenados, bocinas, alambres con gotas de lluvia. Descubrimos un juego único: partir las piedras contra una roca. Queríamos descubrir lo que encerraban, sus colores, sus vetas. Aprisionaban lo nunca visto.

Una glorieta cubierta por una cabellera increíble, una enredadera que jamás fue podada, era nuestro refugio durante las horas de siesta en que nadie nos vigilaba. Llenamos los asientos con nuestra colección de piedras partidas. Los ojos adultos jamás descubrieron este juego; habrían arrasado con nuestra comprensión del mundo.

Mi conciencia empezaba a replegarse sobre sí como el ala de un insecto que se abre por primera vez.

¿Qué hacían entonces mis hermanos? Estaban cerca de mí, pero ignoro cuáles fueron sus deseos, qué imágenes guardaron. Ya entonces estábamos distantes, en infancias paralelas como si los azares de siglos nos hubieran hecho nacer hermanos. Sin embargo, amo el tejido sutil que nos unió; unos y otros contribuimos a crear ese plancton hecho con nuestra fragilidad, con nuestras vidas de arañas voraces y soñadoras. Flotamos en el caldo.

vivo de percepciones y recuerdos que nos aglutina y separa en sus mareas espesas.

En la "casa de los relámpagos" conocí los libros. Mi padre debió comprarnos "El Tesoro de la Juventud", porque me veo echada en el suelo, apoyada en los codos, descifrando signos para comprender las misteriosas, atractivas ilustraciones de los libros. Tal vez fue en ese tiempo que aprendí a leer. Al hojear los libros de antaño surge la imagen antigua y calza de tal manera sobre lo que contemplo, que mis ojos actuales parecen ciegos. Mi visión de niña revistió esas láminas con una alirizada; al abrirlos, poseo las cosas sin nombre, formas, ondas que laten en lo más íntimo.

No sé a qué hora partimos ni qué afanes nos rodearon, pero por fin llegamos a la casa que he llamado "casa de la infancia", la casa de todos, donde nacieron mis hermanos menores.

Las calles de la ciudad no penetraban al gran jardín que la rodeaba, un jardín de plantas de otrora, con prados bordeados de boj.

La casa era un mundo que se expandía dulce o violentamente; las voces de afuera se introducían paulatinas, permitiendo el crecimiento interior. Podían incubarse monstruos, santos, genios o seres

vulgares; cada uno tenía su mundo. Rara vez los adultos intervenían en nuestras conversaciones o en nuestras batallas. En esa casa eran posibles sadismos, venganzas, y la satisfacción de muchas curiosidades que nos habrían prohibido, empequeñeciendo nuestras vidas. Los juegos, las señas, las palabras secretas brotaban de la riqueza de cada día. Esa casa hundía sus raíces en siglos anteriores y nosotros, seres del aire, nos amarramos a ella para continuar su historia.

Algunas tardes oscuras, mamá nos reunía para contarnos cuentos que a ella misma la encantaban: el de Dobrunka y los meses del año; el de las plumas mágicas del horrible Grifo y el de María Encerrada, encerrada en una torre, a la que su amante visitaba por las artes del ama bruja, a espaldas del marido viejo y malvado.

Cuando la ira paterna nos condenaba al destierro y palpábamos nuestro desamparo y aburrimiento, nacieron las raíces de universos invisibles, entrevimos lo que podía surgir, creado en silencio y dolor. También acunamos rencores y sueños inútiles que nos emborrachaban dulcemente.

Mi alma era silvestre y tierna, desordenada y reflexiva.

Los libros me apartaron de los juegos de mis hermanos; pero yo admiraba sus audacias y desde entonces creo que nació ese tironeo entre el mundo aislado que uno cultiva y la participación en los peligros y alegrías de los demás.

Admiré especialmente al mayor de mis hermanos que, con nuestro primo gemelo en edad, hacía incursiones en el gran subterráneo de la casa, metiéndose por los respiraderos. Yo los esperaba afuera, imaginando espantos y también salas vagamente iluminadas. Mi mente se iba, envidiosa, detrás de los exploradores, y al regreso los interrogaba sin saciarme. Por debajo de sus pestañas pesadas de tierra, ellos me despreciaban, lanzándome migajas. Sí, habían visto los gatos rampantes, las arañas meditativas, los fantasmas y entierros. Mi imaginación los acompañó en sus incursiones, por eso recuerdo, tal vez mejor que ellos, la ciudad fantástica con su ángel de miedo a la puerta.

Leí todo lo que cayó en mis manos. Tías y tíos me regalaban libros para los cumpleaños y Navidad. Me llamaban "el lector americano". ¿Mis cuentos preferidos? *Barba Azul*, la *Corza Blanca*, de Perrault; *El Ruiseñor*, de Andersen y su *Reina de las Nieves*; la leyenda de la Ondina, la mis-

ma que Giraudoux transformó en pieza de teatro; mucho de lo que escribió Selma Lagerlof y, por cierto, la *Alicia*, de Lewis Carroll. Creo haber leído todo lo que entonces llegaba desde España, para niños. Con mis hermanos, juntábamos los cuentos de Calleja, en esa edición ordinaria y fea, pero que nos gustaba mucho por la pequeñez del formato. Durante las grandes pestes infantiles, los cuatro o cinco que guardábamos cama teníamos unas mesitas sobre las que jugábamos con estos cuentos y con las chauchas que nos regalaban por cada inyección.

Mamá me llevó al colegio. Una monja de ojos inteligentes y risa hermosa nos puso en fila y empezó a contarnos. Eramos nueve el primer día. Cada mañana nos contaba y la fila iba aumentando.

Los uniformes eran negros; los delantales, de satín negro, lo mismo que los calcetines y los zapatos. Parecíamos monjas en miniatura. Aprendí a persignarme y a rezar. Aunque era de las pocas alumnas que sabía leer, ignoraba todo lo referente a números y religión. La "historia sagrada" me iluminó con vitrales fascinantes, de violentos colores. El demonio separó el día de la noche; algo se torcía en mí, luchando por zafarse y sometíase

a medias como pájaro prisionero. No me daba cuenta de que trataban de meterme en un molde. Mi afán era descubrir lo verdadero por las brechas de realidad que no pudieron disimular.

Las murallas que múltiples ignorancias y prejuicios alzaron a mi alrededor demoraron años en caer, los años de una atormentada adolescencia.

Los ojos de Isabel me llamaron desde los últimos bancos de la clase. Fue mi primera amiga, una amistad que duró varios años, los únicos que se nos concedieron en este mundo para conocernos. Emanaba de su recuerdo una definitiva nostalgia, pues ella y yo no volveremos a comunicarnos por el resto de nuestras vidas. Sin embargo, la Isabel que quise y admiré no existió jamás. ¿Qué mirada es ésta, que dirigida al pasado lo desnuda, lo desgasta, hasta convertir la hermosa fábula en historia lamentable?

Veo a Isabel, siempre muchacha, y tras ella la escueta figura de su madre. Oigo los sermones que espetaba esta señora y comprendo cómo, sin quererlo, uno la engañaba. No pudo entender las ansias de vivir de sus hijas, ni el carácter feroz que demostró tener Isabel, con su rostro puro y su voluntad despiadada.

Para ella, lo comprendí demasiado tarde, mi madre era un ser exquisito y refinado, fuera de su alcance. Hubiera querido que la suya fuera así, ignorante de deberes religiosos y enamorada de las cosas de este mundo. Una madre de carne que se podía tocar y no ese fantasma rígido, construido de responsos y exorcismos.

Tal vez Isabel culpaba inconscientemente a su madre de la muerte prematura del padre; ella tenía cinco años cuando él murió.

Desde niñas nos hicimos confidencias; Isabel me describía la sordidez de sus hermanas, la pobreza relativa en que vivían, esa pobreza que se oculta y que engendra resentimientos y culpas ilusorias en los niños que la han sufrido. Venía a mi casa cuando la invitaba sola. Ponía especial énfasis en no asistir a fiestas y llegué a creer que era una superioridad suya. Años después me pregunté cuántas veces no se avergonzaría de los vestidos que la hacía llevar su madre y los celos y envidia que le tenía a mis otras amigas. Descubrí tarde que su vida se transformó en un tejido de intrigas y mentiras. Estudiábamos piano con la misma profesora, pero Isabel era la talentosa. Llegó a tocar con rara perfección el Concierto Italiano. Ibamos juntas a conciertos, ballets y teatro. Pero todo esto ella lo

destruyó implacablemente, con el pretexto de que no tenía capacidad para ser una concertista.

Antes de irse de Chile para siempre, no le importó pisotear vidas y sentimientos; ni siquiera se conmovió cuando comprendimos que había muy poco en común entre nosotras. Dentro de mí permanecieron resonando sus deseos adolescentes. Cada vez los percibo de un modo más claro y conozco a Isabel de una manera como jamás pude hacerlo cuando fuimos amigas. Amo a ese ser que no existe y que llenó tantos años de mi niñez y juventud. Siento un llamado misterioso en esa pregunta simple que inició nuestra amistad: ¿Tú también estudias piano?

Con ella padecimos los cambios de la pubertad. Ignorantes, sabiendo verdades a medias, no aceptamos que se nos hiciera víctimas de tan extraño encantamiento. Nuestros cuerpos se transformaban, sufríamos raras vergüenzas en ese ambiente monjil donde hacer una pregunta sobre el amor, o recibir carta de un enamorado, era pecaminoso.

Isabel decía odiar su cuerpo. Yo me resignaba lentamente, con cierta vanidad, la de alguien que está en un secreto de iniciados. Pero no cabía ni en el mundo adulto ni en el de mis hermanos. Ser la mayor de una familia larga es ir abriendo cami-

no para los que siguen, sólo que cuando se vive la experiencia, esto se ignora y no hay voces que lo adviertan.

Estaba en la orilla de los seres fabulosos, los seres de transición. Hoy, tienen un lugar definido, modas propias y un nombre gracioso: "lolitas". Entonces, de un día para otro se nos disfrazaba de adultas, y era una edad casi repugnante que se llamaba "del pavo".

Durante ratos largos me contemplaba en el espejo. Fantástica, monstruosa . . . ¿y bella? Me encontraba ya hermosa y fina, o tosca y vulgar. Así variaba mi ánimo. De la más pura alegría, de la libertad más alada, descendía al desprecio de mí misma: era consciente de mi vanidad. Cualquier palabra me tocaba y la aprobación me era indispensable.

Vagaba por la casa interrogando espejos, los rostros que me rodeaban. Por eso, el primer amor no es sino un reflejo. Yo me miraba en Alvaro; a él, realmente no lo vi. Permití que me tomara la mano. Ese contacto me embriagaba. El día que quiso besarme, mi amor empezó a decaer. No entendió que yo no resistía la realidad; era un ser de la orilla, de la fábula.

Fue una época de iluminaciones, porque tenía

todas las posibilidades. Bullían en mí las chispas de un sol en formación, frío, ardoroso, horrible, bello, ansioso, desganado. Cabían en mí todas las contradicciones; mi riqueza no tenía límites. Estos los encontré en mi propio cuerpo, al hacerme mujer; el otro me lo pusieron los prejuicios y barreras de los demás. Pero me reservé una brecha por la que me escapo a un mundo donde nada me define, sino el ser.

A los 16 años, luego de un retiro en que se predicaron las postrimerías —muerte, juicio, infierno y gloria— en el mejor estilo jesuita, fui a confesarme con el platicante de haber cometido adulterio. Habíame enamorado de un amigo de mi padre, un cuarentón feo y atractivo que me recitaba el “Farewell” y los “20 poemas de amor”. No llegó a cantarme la canción desesperada. Cuando el poético fulano apareció de visita en la casa cordillerana donde veraneábamos, con su mujer y sus seis hijos, entre ellos una criatura de pocos días, me juré a mí misma borrarlo de mi memoria y de mi conciencia. Lo que me indignó fue darme cuenta que mientras se entretuvo con el coqueteo y la conquista de la adolescente, su mujer estaba muy poco atractiva por la espera del hijo. Lo consideré

una doble traición, hacia mí y hacia el niño que venía. Con esa voluntad increíble que suelen tener niños y adolescentes heridos y escandalizados, no volví a pensar en él; escamoteaba su imagen, escondiéndola detrás de otras, hasta que llegó el desamor, la indiferencia.

Dos años después, Zig-Zag auspició un concurso de novela para niños, al que me presenté. Por cierto, escribí la historia en los últimos cuatro días y mi padre ayudó a pasarla a máquina. Como si se hubiera abierto mi imaginación, brotaron los seres reales y fantásticos sin titubear, situándose del modo más natural en el Cajón del Maipo, lugar amado donde fuimos durante gran parte de nuestra vida. Jorge Zuloaga, un gran amigo, que conoció los originales poco después, me acompañó a la ceremonia en que premiaron a Francisco Coloane por "El último grumete de la Baquedano". Nombro a Jorge Zuloaga, porque a él le debo haber comprendido seriamente mi vocación de escritora. No era sólo un juego, un don que se me había revelado a los 12 años. Había que corregir, leer, instruirse en los clásicos. Me dio a conocer libros, entre ellos "Alhué", de González Vera, una traducción de los cuentos de Katherine Mansfield y

“El artista adolescente”, de James Joyce. Me abrió las puertas de los escritores ingleses, los que entonces llegaban a nuestras librerías en muy buenas traducciones, gracias a Victoria Ocampo. Virginia Woolf aún no cesa de maravillarme. Durante nuestra permanencia en Valdivia, con dos amigas que compartían esta admiración, hicimos varias traducciones de cuentos y ensayos cortos de la escritora inglesa, trabajo difícil y fascinante, en que la discusión sobre el sentido de una frase o la propiedad de una palabra no era siempre pacífica.

Volviendo a mi primera obra infantil, mi padre la hizo publicar más tarde, pues Jorge Zuloaga consideró que era digna de editarse. Este fue el único de mis libros que a Jorge verdaderamente le gustó, pues había brotado espontáneo, con un lenguaje sencillísimo y poético. Se titula “Juanilla, Juanillo y la Abuela”.

Nací escritora para niños. Creo que pocos autores se atreverían a decirlo, pues en Chile no se considera como literatura propiamente, a la infantil. No me he limitado solamente a este género, pero sé que mi facilidad está en él.

Cuando comencé a escribir lo hice naturalmente en poesía. No me pareció que era algo especial, se

me ocurría que todos podían hacerlo. Mi fuente de inspiración: la naturaleza, en especial los espinos, cuyos gestos trágicos me impresionaron en el paisaje cordillerano. Mi padre reunió en una pequeña edición de 200 ejemplares estos primeros balbuceos de una escritora, que tardó mucho en llamarse así. Aunque de verdad no soy poetisa que se distinga, he seguido depurando este género que brota de lo secreto.

Al terminar el colegio entré a la Cruz Roja, donde me especialicé como "arsenalera" y durante dos años asistí a la Clínica Vargas Salcedo, del viejo Hospital San Vicente. La realidad, brutal muchas veces, de los sufrimientos de gente modesta o indigente en los hospitales, es causada de manera principal por la falta de calor humano, de comprensión y apoyo moral. Los pacientes de sala común están llenos de temores, humillados por su enfermedad y su desamparo.

A través de la vida familiar, se desarrolló en mí un médico casero, que actúa por intuición. Aunque no continué en la Cruz Roja, mi vocación oculta es la de ayudar a los enfermos.

También fui curandera de libros. Con una amiga estudiamos encuadernación y tuvimos varios

años un taller cuyas herramientas pagamos íntegramente con nuestro trabajo.

Pero el matrimonio, la familia y mi vocación por las letras me llevaron por otros senderos definidos.

El año 51 es importante en mi destino literario. Conocí a González Vera gracias a Margarita Aguirre, que me acompañó y presentó al autor de "Alhué". Nos acogió en su vieja oficina de la Casa Central de la U. de Chile, y puedo decir que desde entonces lo visité a menudo y hasta me atreví a invitarlo, con su amigo Enrique Espinoza. Siempre me ha parecido una osadía y también una impertinencia introducirse en la vida de un hombre o una mujer famosos. A no ser que se presente una ocasión y se tenga una buena acogida.

González Vera fue generoso con muchos escritores y yo le debo no sólo mi admiración y mi cariño, sino mi gratitud. Me enseñó a corregir y me dio consejos que me ayudaron a lanzarme por los escollos de la prosa.

Catorce años después publiqué mi primera y única novela para adultos, "El Jardín de Dionisio". Soy lenta y cauta para escribir; aunque tengo

cuentos y dos novelas, no me parecen dignos de ser editados, sobre todo cuando hay tantos libros en el mundo, de gran valor. Y tantos otros que no valió la pena imprimir. González Vera me transmitió esa medida, pues no la tengo por naturaleza.

Cuando me trasladé a Valdivia, me escribí con él durante todo el año 69 y comienzos del 70. Nuestra amistad se profundizó, pisando tierra firme. González Vera se agravó ese año, podía salir poquísimo a platicar con sus amigos, que era su mayor entretenición y gozo. Las cartas fueron y vinieron sin descanso. A él lo encerraba su enfermedad, a mí la lluvia. Lo visité la víspera de su muerte; ambos sabíamos que era una despedida. Si González Vera como escritor es excepcional y único en la literatura hispanoamericana, como hombre no he conocido sino a uno que se puede poner a su lado, por la dignidad de su vida dentro de la mayor modestia personal, por la rara cualidad de ser realmente hombres, sostenidos por sus propios pies, extrayendo fuerza y sabiduría de todo lo que la vida trae, y por la lucidez de sus mentes, que los hacía prever el futuro. Pero a este semejante al escritor no lo nombraré. En cambio, puedo hablar de su otro pariente espiritual, Chéjov, cuya similitud de vida con el autor chileno es asombrosa,

hasta en detalles. Tengo un corto ensayo sobre ambos escritores.

Dije que el año 51 fue importante en mi destino literario. En ese tiempo hice mi primer viaje a Europa. En Nápoles conocí a Gabriela Mistral. Aunque ella decaía, su presencia era impresionantemente como una cumbre dramáticamente solitaria, porque era soledad lo que emanaba de ella. Lloré al verla, y al despedirme me fui acongojada de no poder aproximarme a ella como ser humano. Nada podía darle, sino esta congoja. Guardo de Gabriela Mistral una imagen: la veo caminar entre cortinas blancas que vuelan a través de una clara habitación que da a la bahía de Nápoles. En mi memoria avanza, se detiene, con sus lentos, hermosos ademanes, y aún me parece escuchar su voz, también lenta, de tonalidades cálidas, un poco monótona. Y en esto se parecían con Neruda: sus voces, aunque distintas, tenían una raíz de tierra que les era común.

¿Qué es más importante —me preguntaba hace años, mirando jugar a mis hijos—, lo que sucede ahora, los niños a mi alrededor, o aquello que se desliza dentro de cada uno, sin que se le

preste atención y que más tarde aflora como la cabeza de una serpiente, interrogando por qué, para qué, cómo? ¿Era más importante participar del juego, o seguir mi propio pensamiento, tejedor inasible, capaz de alzarse en la contemplación más abstracta o de caer en sus propias prisiones?

No hay respuestas claras. Ambas realidades son vitalmente importantes. Esa oculta falla que puede aparecer en nosotros o en nuestros hijos, haciendo fracasar, en cierta manera, toda la convivencia familiar, es la que hay que tratar de descubrir y comprender, apartando prejuicios y atendiendo a esas llamadas de atención como chispazos que solemos tener, va sea sobre conductas nuestras o de nuestros hijos.

He tenido una familia numerosa y he debido renunciar a menudo a mi propia vocación; y si he podido llevar a cabo un mínimo de trabajo serio, es porque adquirí una doble capacidad de concentración y porque otras personas tuvieron fe en lo que yo hacía. He tenido padrinos y madrinas que me abrieron puertas, que me concedieron su tiempo, su compañía y su crítica bien intencionada.

No habría escrito para la radio si Raúl Aicardi, entonces director artístico de Radio Chilena, no hubiera poseído una rara virtud: confiar en el po-

sible talento que intuía en el candidato a cantante o a libretista. Y no sólo confiar, sino dejarlo hacer en plena libertad. Así nacieron “La Hormiguita Cantora y el Duende Melodía”, con sus nombres musicales, y luego, colaboré en “El Peneca”, siempre junto a Raúl Aicardi. Y Zig-Zag editó más tarde algunos de estos cuentos. De este tiempo, también, data mi amistad con Elena Poirier, extraordinaria artista dotada para el dibujo infantil, que se fue a Italia el año 58, en busca de mayor comprensión por su trabajo, y nunca ha regresado. Me ha enviado sus ilustraciones que han llegado a una gran perfección.

También escribí libretos para Radio Escuela del IER, llamada por Hernán Poblete Varas. Durante cuatro años colaboré con esa institución y cuando pienso que llegué a escribir más de 400 libretos, me asusta ese trabajo enorme, fuente de muchos cuentos que después he publicado en revistas y textos de estudio.

Una escritora jamás está satisfecha con lo que trata de expresar. Y siente que no vive completamente si no puede escribir. Mi mente se recarga y se pone tensa cuando el lápiz no corre por el pa-

pel. Por esto soy una gran cultora de las cartas. Es una manera de compartir con el amigo o la amiga lejanos, experiencias e ideas que pasarían de largo y se olvidarían si no las fijara de ese modo.

¿Qué he perseguido a través de los cuentos y novelas, la mayoría inéditos, de los que hablé? Voy detrás de algo que llamo "lo otro", lo que está escondido detrás de la apariencia, lo que ilumina o lo que oscurece al ser humano y constituye su trasfondo. A veces, se me revela el núcleo escondido que es para mí la más profunda realidad que vale la pena sacar a luz.

Considero que la vida, la realidad, será siempre vista a medias, porque nos excede y sobrepasa infinitamente. Me atrevería a decir que para mí, la realidad última es Dios. Cuando observo que nada se repite y la riqueza de seres, desde lo microscópico al universo de las galaxias; y las facetas múltiples de un solo ser humano que nunca tendrá su exacto homónimo; y lo que los ojos no conocen ni ven en lo profundo de los bosques y los mares, vida que no por ser ignorada deja de existir, belleza que no porque nadie la aprecie deja de desplegar su asombroso misterio. Cuando presiento todo lo que yace oculto aún en nosotros mismos,

comprendo que sólo toco superficies y migajas de algo inconmensurable.

He observado como la mente se cuida, desde que comienza a tener conciencia de sí, en los niños pequeños. Tratan de evitar el dolor con un cierto olvido, soslayando la verdad cruda que no pueden resistir. Por ejemplo, cuando un ser querido se ausenta, el niño no lo nombra nunca; sabe que no está, pero lo olvida jugando. Cuando esa persona regresa, la desconoce o rompe a llorar, con desconcierto.

Me pregunto si todo el arte no nace de un juego de algunas personas especialmente sensibles y dotadas para transmutar la realidad dolorosa, los hechos crudos, en creación, entrando a esa misma realidad que se rechaza, por otra puerta. Porque el arte participa del juego en todo lo que tiene de ficticio y gratuito y de imitación de la vida. Creo que los escritores y artistas se han hecho ya de alguna manera estas preguntas y cada uno trata de resolverlas según su capacidad. Pero es indudable que toda obra de arte nos permite conocer de modo más profundo, indoloro y feliz, esa realidad que nos rodea y excede, como el mar a los peces y en la que nos movemos y somos.

ALICIA MOREL.



EDITORIAL NASCIMENTO